

PAPERBACK WRITER



Raúl Flores Iriarte (La Habana, 1977) es egresado del II Curso de Técnicas Narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Entre los libros que ha publicado se destacan: *El lado oscuro de la luna* (2000), *El hombre que vendió el mundo* (2001), *Bronceado de luna* (2003) y *Rayo de luz* (2004), *Días de lluvia* (2004), *Balada de Jeannette* (2007). Ha obtenido, entre otros, el Premio Pinos Nuevos, el Luis Rogelio Nogueras, el Félix Pita Rodríguez, el Calendario de Ciencia Ficción y de Narrativa, y el Cirilo Villaverde de Novela.

Raúl Flores Iriarte

PAPERBACK WRITER



De la presente edición, 2016

- © Raúl Flores Iriarte
- © Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones
Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid
Tel: +34 91 220 3472
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Hypermedia Servicios Editoriales S.L
Diseño de colección y portada: Hypermedia S. E., S.L

ISBN: 978-1523832576

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

I

Ahora que todos los cuentos son el cuento de nunca acabar y las canciones de Sabina giran una y otra vez, una y otra vez, incansablemente en el disco duro de este gigantesco computador, te recuerdo, Amanda, claro que te recuerdo. Como antigua canción de Víctor Jara, como dama rubia, socióloga frustrada, madona de absoluta compañía, y yo nunca hablé contigo, ni siquiera te he visto, pero ahora te recuerdo, tejiendo/destejiendo la trama de un ovillo universal con tus ojos de neón, con tus pechos de alabastro, con tu infinita sonrisa.

Flor nocturna de Quinta Avenida.

Póster silbando suicidio.

Tú no debes de recordar. Después de todo, nunca hablamos, ¿recuerdas? Nunca nos vimos. Y, de todas formas, a mí nunca nadie me recuerda. Soy solo una cara sin rostro, un número perdido en la infinitud, un símbolo de interrogación entre la multitud lluviosa de una tarde de nubes blancas y viento pálido.

Por eso ahora te tomo, Amanda, de la mano, como nunca hice antes y, cuando todas las demás Amanda me fallen, tú no me fallarás. Porque esta historia es

tuya, o mía, o tan tuya como mía, depende de cómo quieras verlo. Supongo que todo es como lo quieras ver.

Eres mi invención. A partir de ahora dejas de ser Amanda Alba, o Amanda Rodríguez o Suárez o Fernández y pasas a ser Amanda Invención Mía. Nada más.

Esta tarde me cruzaré contigo, Amanda. No sé dónde (después de todo, ni siquiera sé dónde vives) y tú estarás llorando.

(Descripción # 1: 4 o 5 p.m. en ese momento en que el sol comienza a deslizarse lentamente hacia la *Casa del Sol Naciente*, dulce canción dylaniana susurrada al oído y brisas ligeras y el mar percibido a lo lejos como destellante presencia de olas, espuma y golpes, golpes, golpes contra la costa rocosa, y gente, no mucha, porque no quiero, aunque a lo mejor va y sí hay mucha gente, demasiada, pero yo prefiero pensar que no, si es así quizás no pueda verte o tú no puedas verme a mí y entonces todo sería por gusto, esta historia, tu nombre, tu recuerdo, y las flores nocturnas de Quinta Avenida danzando, danzando apresuradamente por las esquinas de la Catedral, y el cielo, sobre todo el cielo. Azul, azul, azul, como las olas del mar, como tu blusa, como tus lágrimas.)

Amanda llora.

Como es lógico, si te hallara verdaderamente por la calle y tú lloraras, no podría hacer nada al respecto. Tan solo serías una chica triste más. Una chica sin nombre, y podrías ser Amanda, podrías ser Selma, podrías ser cualquiera, y yo te pasaría al

lado, te observaría brevemente y quizás escribiría una historia contigo.

(Una historia titulada *Paperback writer*.)

No podría hacer nada por ti, Amanda Alba, porque no te conozco, y tú tampoco me conoces a mí, pero ya tú no eres tú y yo no soy yo; hemos pasado a ser meras presencias intangibles dentro de las líneas desdibujadas de una historia. Una historia azul azul azul como tu blusa, como el cielo sin nubes. Como tus lágrimas.

(Descripción # 2: Arquitectura de líneas suaves para rostros coloniales dentro de la gran muchedumbre que envuelve la Catedral y no más descripciones, por favor. Solo tú.

Tú y Yo.)

YO: (*te observaré por unos instantes*): Te conozco de alguna parte.

AMANDA: (*llorando. No me mirarás*): Vete...

YO: Amanda ¿verdad?

AMANDA (*levantarás la vista y me observarás por primera vez*): ¿Cómo lo sabes?

YO: Estudiamos juntos en la misma Facultad. Tú en Sociología y yo en Filosofía.

Tú entonces me reconocerás y yo te voy a preguntar por qué lloras. Puedo preguntarte lo que quiera, y tú puedes contestarme, debes contestarme. Eres mi invención.

Me dirás que no puedes decirme. Es privado. Me sentaré junto a ti. Es asombroso cómo la gente tiene tiempo de sobra en estos días, te diré. Te prestaré un

pañuelo para tus lágrimas. Un pañuelo blanco; me lo devolverás azul.

Ya para ese momento habrás dejado de llorar. Habrá chicos parados en línea a lo largo de las aceras, agitando banderitas. Chicos de sonrisas alegres y pañoletas azules y te diré: Parece que nos hemos equivocado de época. De época y de lugar.

Te invitaré a algún sitio. Elige tú, te diré. También te diré que soy escritor y he logrado ganar un concurso. Un concurso importante, muy importante, y por eso puedo darme el lujo de invitarte a algún sitio, cualquier sitio, el sitio que tú elijas, y tú elegirás la Bodeguita del Medio, siempre he soñado almorzar en la Bodeguita del Medio, estampar mi nombre en las paredes llenas de firmas de gente famosa, actores hollywoodenses y escritores de relieve, Amanda Alba junto a Ernest Hemingway, junto a Matt Dillon, junto a Alanis Morissette, y eso está bien, muy bien, ya Amanda ha dejado de llorar y puede estampar su nombre donde le venga en ganas, junto a quien quiera y, es más, pondremos nuestros nombres juntos, con tinta azul, como en una canción de amor.

Mientras tanto, nos llegaremos al malecón, para ver los barcos pasar. El mar es tan azul como los recuerdos más celosamente guardados. Nos sentaremos un rato en el muro. Ay, Amanda Invención Mía, que bien te me das en la ficción, junto a todas esas cosas pequeñas que no dudan en salir después de la lluvia, cuando se pone el sol y todos estos días has

estado pensando en alguien más, me dirás, pero ese alguien no ha venido, ni vendrá. ¿Por qué? Porque es un recuerdo, una inútil sombra de lo que solía ser y ya no es, por eso.

Y el mar, gigante invisible de espuma y golpes contra la costa llena de rocas, de dientes embotados y botellas rotas, el mar como un signo de interrogación, como una palabra mal comprendida, tan azul, tan espumoso, tan universal, y que hay con la Bodeguita del Medio, me preguntarás y entonces iremos ahí, atravesando la Catedral, pasando por mesetas con suvenires baratos, sombreros de paja y bolsas tejidas a mano, pasando junto a las sombras de los mendigos y los fantasmas de don Pedro de Narváez y Isabel la Católica que nunca vino a Cuba, todos, todos ellos, como niños al abrigo de los portales, como niños con banderitas, sonrisas alegres y pañoletas azules, tan azules como el cielo, tan azules como el mar.

Empedrado arriba, calles adoquinadas, gritos, palomas, la Bodeguita del Medio, porteros amigables y nos sentaremos, y Amanda me dirá Préstame un bolígrafo para poner mi nombre en la pared, en la mesa, en la servilleta, en donde sea, porque lo tengo que poner en alguna parte, para eso vine aquí, y el maître vendrá ¿qué desean?, no tengo bolígrafo, le diré a Amanda, un lápiz entonces, pedirá ella, pero yo, casualidad de casualidades, tampoco tendré lápiz, y quién ha visto un escritor sin nada para escribir, y parece que volverá a echarse a llo-

rar, y ¿qué desean?, repetirá el maître, un bolígrafo, diré yo, deseamos un bolígrafo, y el maître dirá que no, cualquier cosa menos un bolígrafo, el personal del restaurant no puede prestar implementos de escritura a los clientes, cualquier otra cosa sí, ¿refrescos? ¿daiquiris? ¿ensaladas?

Un bolígrafo, repetiré, y después de eso dos refrescos de naranja. Amanda dirá que no le gusta el refresco de naranja, lo pedirá de otra cosa, aún no sé qué será, la ficción no da para tanto y la imaginación tiene un límite. Pídanle un bolígrafo a algún cliente, dirá el maître, pero el local estará casi vacío. Solo habrá un señor sentado a una mesa y resultará que ese señor es el mismísimo Joaquín Sabina, pero el maître no lo sabrá, no tiene por qué saberlo, ha visto a tanta gente famosa a lo largo de toda su vida y un cantautor español no hace ninguna diferencia.

Miren, pídanse a ese de ahí y nos señalará a ese hombre de cuarenta y veinte que sorbe un daiquiri en la mesa opuesta.

Tú lo reconocerás, no sé si en la vida real, Amanda, realmente lo reconocerías, pero la verdad es que en la vida real ni siquiera me reconocerías a mí. Aquí me dirás con cara de asombro Mira, ese es Joaquín Sabina ¿cómo es que está aquí?

Joaquín Sabina estará terminando su daiquiri en el instante en que me acerco a él.

Hey, Sabina, le diré.

Él pondrá el vaso sobre la mesa y me mirará fijo.

No me pidas un autógrafo, muchacho, me dirá, Estoy cansado, realmente cansado de repartir autógrafos por ahí. Por favor, no me vayas a pedir tú uno.

Usted no me ha pedido autógrafo a mí, le diré, No tengo yo razón ninguna para pedírselo a usted.

Sabina parecerá que va a decir algo, pero se callará.

Solo venía a pedirle algo para escribir, para ver si podemos poner nuestros nombres en alguna parte por aquí. También venía a invitarlo a nuestra mesa.

Sabina me aceptará la invitación, siempre y cuando no le pidamos autógrafos.

Se sentará al lado de Amanda, ¿Cuál es tu nombre?, preguntará. Amanda, dirás. Tienes un nombre hermoso, y también es el nombre de una hermosa canción. Me gustan las chicas con nombre de canción.

Entonces vendrán los refrescos.

Pide algo, le diré a Joaquín, Yo invito.

¿Cualquier cosa?, preguntará él.

Cualquier cosa, reafirmaré, Después de todo, esa boca es suya ¿no?

Sabina pedirá otro daiquiri.

Entonces le contaré nuestra historia. Amanda llorando, el cielo azul, el mar azul, los chicos, las banderas, las pañoletas. Todo. Quién sabe si así después salimos en alguna canción a la orilla de la chimenea.

¿Por qué llorabas?, preguntará él.

Por un fantasma, dirá ella. Por alguien que no vale la pena recordar.

Entonces él dirá que una vez le ocurrió lo mismo con una tal Cristina.

Yo también tuve a alguien así, diré, y tardé en aprender a olvidarla diecinueve noches. Diecinueve noches y quinientos días.

Sabina tomará notas de algo en la servilleta. Me dirá que le he dado la idea para una canción. Le pediré el bolígrafo y el momento del daiquiri nos encontrará escribiendo nuestros nombres en la profundidad de las paredes de la Bodeguita del Medio.

Incluso en estos tiempos veloces como un Cadillac sin frenos todos los días tienen un minuto en que cierro los ojos y disfruto echándolo de menos, dirá Amanda. Y en ese minuto ella llora. No puede evitarlo.

Y se iría el dolor mucho más lejos si no estuviera dentro de tu alma, si no se pareciera al fantasma que vive en los espejos, dirá Joaquín. Amanda asentirá.

¿Qué quieren?, preguntará el maître, de regreso a nuestra mesa y en ese momento me daré cuenta de que no quiero nada. No tengo hambre. Amanda pensará lo mismo, Sabina no sé.

No tengo hambre, dirás, No sé usted, señor Sabina, pida lo que quiera, pero yo no tengo hambre. Joaquín dirá que él tampoco, nada más quería tomarse unas copas.

Vámonos entonces, diré.

¿Adonde?

A la bahía, para ver los barcos pasar.

Joaquín viene con nosotros.

Tenemos memoria, tenemos amigos, tenemos los trenes, la risa, los bares, tenemos moteles, garitos,

altares, tenemos urgencias, amores que matan, tenemos Venecia, tenemos Manhattan, tenemos el sexo y el rock y la droga, los pies en el barrio y el grito en el cielo, tenemos canciones, motivos, suicidios, tenemos voces roncas, penachos de espuma. Barcos que pasan, trenes de nieve y mesas de alquiler. Tenemos corrientes alternas, continuas, flores de yeso y suspiros de cama, tenemos a Lennon, Dylan, Sabina, tenemos tanto, tanto y tan poco, carreteras de asfalto, relojes, pulseras, tenemos mar y cielo y Amanda preguntará por que voy tan callado y Sabina también calla, pero será por otras razones, razones que no sabré porque él no las dirá y yo entonces les contaré sobre esta chica que solía escribir al costado de la bahía poemas de amor para después encerrarlos en botellas y echarlos al mar. Los poemas deben de haber llegado lejos, lejos, a las costas de países de ultramar, Inglaterra, Canadá, Colombia, quién sabe, Sabina, a lo mejor va y tú encontraste alguna de esas botellas allá en España y esta chica ahora ya no está, se fue lejos, lejos, tan lejos como sus poemas, tan lejos como sus botellas y está con sus padres en el otro rincón del globo. Quizás continúe escribiendo poesía para lanzarla al mar, quizás algún día yo encuentre alguna de sus botellas, pero lo cierto es que se ha ido y la extraño. La extraño mucho.

Por eso estoy callado, Amanda, porque te pareces demasiado a esa chica silenciosa que, a la orilla de la bahía, escribía en botellas para meterlas después en poemas y echarlos al mar.

Resulta que yo también tengo mis propios fantasmas.

Nos gustaba la misma música, las mismas películas, y desearía haberlo sabido de alguna manera pero lo cierto es que ya no está y me envenenan los besos que voy dando y sin embargo cuando duermo sin ti, con ella sueño. Así son las cosas.

Amanda, te quedarás en silencio y mirarás el mar. Los chicos con pañoletas azules seguirán a lo largo de la calle, sonrisas, banderitas, ¿puedo hacer algo por ti?, me preguntará Sabina, Escríbele una canción, le pediré.

Las calles se llenarán entonces de gritos. Los niños agitarán las banderitas y sus sonrisas se harán más y más grandes. Tres carros azules pasarán y desde uno de ellos una chica rubia extenderá la mano y saludará al pasar. Tendrá lágrimas en los ojos, pero habría que fijarse mucho para verlas. No obstante, yo podré verlas.

¿Quién es ella?, preguntará Joaquín.

Una poeta importante, diré, se llama Amanda.

Hoy todas las chicas se llaman Amanda.

(Hoy todas las chicas tienen nombre de canción)

Los niños dejarán de agitar las banderitas y bostezarán. Después se irán y la calle se quedará vacía. Vacía de gritos, vacía de sonrisas, vacía de azul.

Silencio.

El mar golpeará una y otra vez, mar de espuma, mar de mar, y nosotros nos sentaremos en el muro, al costado de la bahía.

Tengo que irme, dirá Joaquín. Amanda, le pedirás un autógrafo en ese momento, él repetirá que

no da autógrafos y después se irá a dar una vuelta por el boulevard de los sueños rotos.

Gracias por acompañarme, dirás entonces, y me besarás, no un beso de amor, sino un beso de despedida y yo te diré, Ya no tienes por qué llorar, y también te diré Espero verte en algún momento, pero ambos sabremos que es mentira, nunca nos volveremos a ver, como no sea que te escriba otra historia, de todas formas te agradezco, Amanda, que hayas venido con tu nombre de canción y tus cabellos rubios a venir a llorar esta tarde en mi historia y ha sido agradable haber conversado contigo.

¿Cómo se llamaba ella?, me preguntarás. Amanda, te diré, igual que tú, nombre de canción de Víctor, y es que hoy todas las chicas tienen nombre de canción.

Yo me tengo que ir, me dirás esta vez como aquella vez, mientras tirabas botellas al agua.

El último poema, dijiste en ese momento.

También dijiste que tenías hambre. Tomamos Empedrado arriba y pasamos por la Bodeguita del Medio. Algún día entraré y pondré mi nombre en alguna pared, en alguna mesa, tú vas a ver que sí, dijiste. Una camarera nos sonrió y nosotros le sonreímos de regreso.

Comimos algo en una de estas cafeterías estatales y me contaste que tus padres se iban. ¿Adonde?, te pregunté. Al otro rincón del globo, dijiste, y me tengo que ir con ellos.

No te vayas, te pedí. No me dejes solo.

Me miraste y sonreíste. A lo mejor sea algún día famosa con mis poemas y entonces volveré aquí, quizás los niños hagan fila con banderas y pañoletas para saludarme y podrás verme entonces. Pasaré en un carro azul y te saludaré al pasar. ¿Sabes una cosa? Escríbeme una novela y gana un concurso importante con ella. Trata de ganar el Príncipe de Asturias. Entonces volveré.

No puedo escribir una novela de Amanda sin Amanda, te dije, pero de todas formas te marchaste.

Por eso ahora te recuerdo, aunque nunca me conociste, aunque no te acuerdes de mí, aunque nunca te haya visto y tú no sepas mi nombre y yo nada más sepa el tuyo por referencias, princesa rubia, madona de mil guitarras, me haces falta para mi historia y por eso paso y repaso la ciudad, el malecón, las calles, para ver si te encuentro en alguna parte llorando por la sombra de algún fantasma, girando en alguna canción de Sabina, para poder escribirle su historia a Amanda, la otra Amanda, y espero, claro que espero encontrarte. Por eso, ahora que todos los cuentos son el cuento de nunca acabar, ando buscándote por ahí y sé (estoy completamente seguro) que esta tarde me cruzaré contigo.

A ver si me reconoces.

A ver si te reconozco.